LIBRO DE HECHOS

Lección 30, Capítulo 13

Hoy continuaremos con este capítulo 13, bastante largo, del libro de Hechos, aunque no llegaremos a terminarlo. Este capítulo nos enseña mucho acerca de la persona de Pablo, de la formación del Evangelio y de cómo Pablo entiende sus efectos en la vida tanto de los judíos como de los gentiles.

Nuestro enfoque ha pasado de Pedro y la Tierra Santa al apóstol Pablo y a las tierras extranjeras donde reside la mayor parte de la población judía. Su misión de evangelizar a los gentiles ha comenzado de lleno. Sin embargo, vemos que, al menos en esta etapa, los gentiles a quienes se dirige son temerosos de Dios (gentiles que adoran al Dios de Israel), pues asisten a las sinagogas judías de habla griega de la Diáspora. También hemos aprendido que, aunque Pablo es el emisario de Dios designado para los gentiles, no es el único ni está a cargo de toda la misión entre ellos. Y no es que haya descuidado a sus compatriotas judíos; por defecto, como su principal campo de acción son las sinagogas, por supuesto habla con los judíos al menos tanto como con los gentiles.

En una sinagoga de Antioquía, Pablo recibe la oportunidad de dirigirse a la congregación —una congregación mixta de judíos y gentiles— y comienza con un breve resumen de la historia de la redención de Israel, que recuerda lo que dijo el mártir Esteban ante el Sanedrín. Lógicamente, empieza con Abraham, el primer hebreo, y en unas pocas frases avanza rápidamente desde Abraham hasta Egipto, el éxodo, la conquista de Canaán y la posterior época de los jueces. Después pasa al rey Saúl, el primer rey de Israel, y luego rápidamente al rey David.

VOLVER A LEER HECHOS 13:22 HASTA EL FINAL

¿Qué pretende Pablo al repetir una historia que, sin duda, al menos los judíos presentes ya conocen? Su propósito es demostrar que el Antiguo Testamento y el Evangelio de Yeshua se confirman mutuamente. Fingir —como se hace habitualmente en la actualidad— que el Evangelio no se apoya en la Torá y los Profetas, o predicar que el Evangelio se sostiene

por sí solo, independiente de todo lo anterior, se sitúa en algún punto entre lo falso y lo insensato. Guardemos bien en la memoria quién está hablando y cómo utiliza la historia de Israel, así como el propósito de la Torá y los Profetas, para fundamentar su argumento y justificar que Yeshua es el Mesías. Es el mismo Pablo de quien el cristianismo institucional ha afirmado durante tantos siglos que ya no considera importante la Torá ni los Profetas, que cree que la Torá y los Profetas han desaparecido y que proclama que Yeshua ha reemplazado todo lo que vino antes de él. Es el mismo Pablo que, según el cristianismo, enseña que la Iglesia gentil ha reemplazado a Israel. De ahí se concluye que, para los cristianos, todo lo importante comienza con el Evangelio de Mateo y las enseñanzas de los primeros Padres de la Iglesia gentiles.

Pues bien, esto es lo que dijo sobre Pablo y su perspectiva acerca del lugar de la Torá y los Profetas uno de aquellos primeros Padres de la Iglesia gentiles, Juan Crisóstomo. Lo escribió alrededor del año 400 d. C. En sus *Homilías sobre los Hechos de los Apóstoles*, Crisóstomo afirma:

«Observa cómo (Pablo) entreteje su discurso con hechos presentes y con los profetas. Así dice: "de la descendencia de este hombre, conforme a la promesa", y luego vuelve a mencionar a Juan, diciendo: "Al condenarlo, cumplieron todo lo que estaba escrito". Tanto los apóstoles, como testigos de la resurrección, como David, dan testimonio. Pues las pruebas del Antiguo Testamento no parecen tan convincentes cuando se consideran por sí solas, ni tampoco los testimonios posteriores (el Nuevo Testamento) cuando se separan de los anteriores. Por eso, es mediante ambos que hace digno de confianza su discurso».

Estoy de acuerdo con Crisóstomo en la mayoría de los puntos. Mi desacuerdo es que da a entender que Pablo estaba citando y comparando pasajes del Antiguo Testamento con pasajes del Nuevo Testamento, y eso no es en absoluto lo que está ocurriendo. La prueba es que el Nuevo Testamento no existiría hasta casi un siglo y medio después de la muerte de Pablo. En realidad, TODO lo que Pablo enseña a la congregación de Antioquía procede únicamente del Tanaj, la Biblia hebrea, el Antiguo Testamento. Así que Crisóstomo también hace parecer que la revelación del Evangelio es un acontecimiento reciente y que el Antiguo Testamento

solo espera su futura llegada. La realidad es que el Evangelio se anuncia y desarrolla en el Antiguo Testamento; el Nuevo Testamento simplemente identifica quién es el ungido que actúa como agente y administrador del Evangelio, y explica qué significa para la humanidad que ese ungido haya venido y se haya marchado.

Pero el punto principal de Crisóstomo es que Pablo deja claro que el Antiguo y el Nuevo Testamento dependen el uno del otro, al menos en lo que respecta al mensaje del Evangelio. Una Biblia sin el Nuevo Testamento cuenta solo la mitad de la historia; una Biblia sin el Antiguo Testamento también cuenta solo la mitad. Una Biblia sin el Nuevo Testamento nos deja esperando descubrir quién será el Mesías, situación en la que el judaísmo sigue encontrándose hasta hoy. Una Biblia sin el Antiguo Testamento nos deja sin la base para entender el Evangelio, qué es o qué hace un Mesías, cómo debemos vivir estas vidas redimidas y cuáles son las raíces de nuestra fe (son raíces de la fe hebrea). Esto es lo que le ocurre hasta hoy al cristianismo mayoritario. La Biblia no es una Biblia completa a menos que contenga ambos Testamentos y que a los dos se les dé el mismo peso y relevancia.

En el versículo 23, Pablo habla de quien será el agente y administrador de este Evangelio como resultado de la «promesa». ¿A qué promesa se refiere? A la promesa hecha a los padres de Israel, los patriarcas; la promesa que se dio primero a Abraham. Esta promesa fue anunciada en Génesis 12:

Génesis 12:1-3, CJB

1 ADONAI dijo a Avram: «Sal de tu país, aléjate de tus parientes y de la casa de tu padre, y ve a la tierra que te mostraré.

2 Haré de ti una gran nación, te bendeciré y engrandeceré tu nombre; y tú serás una bendición.

3 Bendeciré a quienes te bendigan, pero maldeciré a cualquiera que te maldiga; y por medio de ti serán bendecidas todas las familias de la tierra».

Las últimas palabras de esa promesa revelan el mensaje del Evangelio, pero son bastante vagas y contienen poca información concreta. Por eso es especialmente importante que los creyentes comprendan que la garantía del Evangelio —sea cual fuere finalmente su alcance— fue dada a los hebreos y se cumpliría por medio de ellos; el primer hebreo fue Abraham. Sin embargo, Pablo dedicó bastante tiempo en su resumen histórico a otra parte de la promesa hecha a Abraham: la promesa de la tierra. Dios amplió esa parte un poco más adelante, en Génesis 15.

Génesis 15:18-21, CJB

18 Aquel día ADONAI hizo un pacto con Avram: «He dado esta tierra a tus descendientes, desde el arroyo de Egipto hasta el gran río, el río Éufrates:

19 el territorio de los quenitas, los quenizitas y los cadmoneos;

20 los hititas, los ferezeos y los refaítas;

21 los amorreos, los cananeos, los guirgaseos y los jebuseos».

Así, Dios define la tierra específica incluida en la promesa, delimitándola según los territorios ocupados entonces por diez grupos de pueblos nombrados. Toda esa región se llama la tierra de Canaán. Pablo demuestra, por tanto, que la tierra, el pueblo, la promesa y el Evangelio —y, por consiguiente, Yeshua— están conectados de manera orgánica e inseparable. Si se elimina cualquiera de estos elementos, lo que queda es incompleto. Así que, como dice Pablo en el versículo 23, en cumplimiento de su promesa, Dios ha hecho surgir por medio de David, descendiente de Abraham, a este libertador, este ungido que es el agente de la promesa. El nombre de este libertador es Yeshua.

Permítanme detenerme un momento para explicar algo que, creo, puede ayudarles a comprender mejor la actitud del judaísmo hacia el cristianismo y hacia Jesús. Como reacción directa y represalia por el hecho de que Pablo identificara a Yeshua como el Mesías, se incorporó a una parte central de la liturgia judía, practicada en todos los servicios de sinagoga, lo que se llama la **Amidá**. La **Amidá** es, en realidad, una oración compuesta por varias bendiciones que recita la congregación.

Entre ellas hay una llamada *birkat ha-minim*, o en español, la bendición contra los herejes. El judaísmo creó esta bendición porque los judíos mesiánicos y, más tarde, los gentiles cristianos asociaron a Jesús con el rey David: Jesús es el ungido y libertador esperado que vendría del linaje del rey David. Para combatir esta asociación, se añadió la bendición ***birkat ha-minim*** a la **Amidá**, y en ella se denuncia como herejía la relación entre Yeshua y David. Una de las formas en que rompe esta conexión entre el rey David y Jesús es declarando que el Mesías no será otro que el propio rey David. Ya sea que queramos llamarlo resurrección, reanimación o reencarnación, eso es lo que se pretende al declarar que el propio rey David será el Mesías. La raíz de este concepto aparece en el Talmud de Jerusalén, en la sección **Tosefta Berajot** (**Berajot** significa «bendiciones»). Por eso el judaísmo exige que, independientemente de cómo esté expresado en las Escrituras, David siempre sea presentado como un hombre perfecto que nunca pecó, porque entiende —al igual que nosotros— que, según las Escrituras, el Mesías debe ser perfecto y no pecar jamás. No hay mejor ejemplo de cómo se forman ciertas creencias erróneas cuando los seres humanos crean una doctrina rígida para cumplir una agenda específica y luego los teólogos interpretan las Escrituras al revés, retorciendo los pasajes para intentar validarla.

Después de identificar a Yeshua como el Mesías y descendiente del rey David, Pablo habla del papel que desempeñó Juan el Bautista al sumergir a las personas (judíos) como preparación para la llegada del Mesías Yeshua. El punto importante del versículo 24 es que la inmersión, el bautismo, no se hacía en el nombre de Yeshua, sino que simbolizaba la decisión del adorador de arrepentirse de sus pecados. En otras palabras, mientras que en el judaísmo mesiánico y en el cristianismo, cuando recibimos correctamente la inmersión no necesitamos repetirla, la inmersión que Juan practicaba era esencialmente preliminar. A diferencia de hoy, cuando somos sumergidos en el nombre de Yeshua como nuestro Salvador, Señor y Rey, y también como declaración de que nos hemos arrepentido del pecado, la inmersión de Juan se refería ÚNICAMENTE al arrepentimiento, NO a la salvación. Pablo dice que Juan el Bautista preguntó: «¿Quién suponen ustedes que soy?», y luego afirmó que alguien de valor inmensamente superior vendría después de él. Así que lo que Juan llevó a cabo fue el primer paso de un proceso de dos etapas. Paso uno: arrepiéntanse de sus pecados. Paso dos: identifíquense con

Yeshua como aquel que paga el precio por sus pecados y los purifica ritualmente. Hoy, como el Cristo ya apareció y dio a conocer quién es y qué debemos hacer, el proceso consta de un solo paso. Una sola inmersión es suficiente para todos estos propósitos.

Hasta este punto, podríamos caracterizar lo que Pablo ha dicho a su audiencia como historia, teoría y teología. Pero ahora aplica esas ideas a la vida práctica. En esencia, dice a la congregación: ¡esto se aplica a ustedes! La promesa dada a Abraham es para USTEDES. La línea del rey David fue escogida para traer al Mesías por USTEDES. Yeshua, descendiente de esa línea, murió en la cruz por USTEDES, como cumplimiento de la promesa que Dios hizo a Abraham. También se especifica quiénes forman parte de su audiencia: 1) los hijos de la familia de Abraham (hebreos) y 2) los temerosos de Dios (gentiles que adoran al Dios de Abraham). Todos están incluidos. Las fronteras raciales, étnicas y nacionales han sido cruzadas en lo que respecta a la obra del Mesías.

Pablo condena ahora a quienes condenaron a Yeshua. Quiero señalar que responsabiliza específicamente a los judíos de Jerusalén, no a todos los judíos en general. Sí, la crucifixión tuvo lugar en Jerusalén, así que fueron los judíos de Jerusalén quienes la exigieron. Pero ya hemos hablado de que, en general, los judíos de Jerusalén eran quienes querían estar cerca del centro del poder del judaísmo, situado en esa ciudad. Por eso prestaban más atención a los asuntos políticos y religiosos. Eran más activistas, y allí vivía y actuaba la mayor concentración de zelotes. Por supuesto, Jerusalén era también donde los romanos tenían más problemas con el pueblo judío, no en las zonas rurales y, desde luego, no en la Diáspora.

¿Y por qué esos judíos de Jerusalén hicieron algo tan infame como volverse contra uno de los suyos, Jesús de Nazaret? Según Pablo, en el versículo 27, porque no reconocieron quién era Yeshua. ¿Y por qué no lo reconocieron? Porque no comprendieron las lecturas de las Escrituras tomadas de los libros de los Profetas que se leían cada Shabbat en el servicio semanal de la sinagoga. Así, irónicamente, al no escuchar, no prestar atención y, por tanto, no comprender, esos judíos de Jerusalén hicieron que se cumplieran sin saberlo las profecías acerca de Yeshua al

condenarlo. Esas profecías, que aparentemente les pasaron por encima, dicen claramente, entre otras cosas, lo siguiente:

1. Yeshua sería odiado sin motivo por sus compatriotas judíos. Esto fue profetizado en Isaías 49:7.
2. Un amigo se volvería contra él y lo entregaría para que lo ejecutaran. Esto fue profetizado en Salmo 41.
3. El precio de la traición de su amigo sería de treinta piezas de plata. Esto fue profetizado en Zacarías 11:12.
4. Yeshua sería ejecutado mediante crucifixión, como se predijo en Salmo 22:17.
5. Sería sepultado en la tumba de un hombre rico. Esto fue predicho en Isaías 53:9.
6. Se levantaría de la tumba con vida. Esto fue profetizado en Isaías 53:9-10 y en Salmo 2.
7. Ascendería a Dios y se sentaría a la derecha del Padre en el cielo. Esto fue profetizado en Salmo 16:11 y Salmo 68.

Y hay mucho, muchísimo más. Entonces, ¿por qué esos judíos que iban a la sinagoga semana tras semana, año tras año, escuchaban la lectura de la **Haftará** de los Profetas y esas profecías, tenían la oportunidad de hacer preguntas, vieron a Yeshua en persona y presenciaron lo que ocurría ante sus propios ojos, no unieron los puntos más evidentes? ¿Cómo pudieron pasar esto por alto los estudiosos de la Torá, los sacerdotes, los maestros y los líderes de las sinagogas? Ocurrió el acontecimiento hacia el que apuntaba toda la Torá y que los Profetas anhelaban ver; sin embargo, la mayoría de los judíos de Jerusalén no solo no lo reconocieron, sino que ayudaron a cumplir las partes más desagradables de las profecías y ni siquiera fueron conscientes de su propia participación. ¿Qué dijo el Mesías mientras colgaba allí, agonizando, mientras miles de las mismas personas a quienes había venido a salvar se burlaban de él?

Lucas 23:33-34, CJB

33 Cuando llegaron al lugar llamado La Calavera, lo clavaron a un madero; y clavaron también a los criminales en sendos maderos, uno a su derecha y otro a su izquierda.

34 Yeshua dijo: «Padre, perdónalos; no entienden lo que están haciendo».

No entendían. O quizá no querían entender porque no estaban dispuestos a hacerlo. Este es, entonces, mi mayor temor por quienes hoy están sentados frente a mí, por quienes escuchan mi voz por internet y por quienes ocupan bancos y cómodas sillas en iglesias de todo el mundo. Es un temor expresado por aquel mismo que pidió perdón para quienes lo perseguían hasta la muerte, aunque deberían haber sabido actuar mejor.

Mateo 7:21-23, CJB

21 «No todos los que me dicen: "¡Señor, Señor!" entrarán en el Reino de los Cielos, sino solo quienes hacen lo que quiere mi Padre que está en el cielo.

22 En aquel día, muchos me dirán: "¡Señor, Señor! ¿Acaso no profetizamos en tu nombre? ¿No expulsamos demonios en tu nombre? ¿No hicimos muchos milagros en tu nombre?"

23 Entonces les declararé en su cara: "¡Nunca los conocí! ¡Aléjense de mí, ustedes que practican la maldad!"»

Aquellos judíos que insistieron en la crucifixión de Yeshua evidentemente no eran conscientes de las profecías que estaban ayudando a cumplir ni de las profecías que Yeshua vino a cumplir. Del mismo modo, muchas personas que hoy llenan los bancos de los lugares de culto corren el riesgo de pasar por alto las profecías de Dios, e incluso de convertirse en protagonistas de algunas de ellas de una manera vergonzosa, porque no prestan atención a lo que sucede ante sus ojos. No estudian seriamente la Palabra de Dios y, por tanto, no la conocen. Los líderes y maestros tienen gran parte de la culpa, porque no enseñan la Palabra de Dios a sus congregaciones. En cambio, enseñan tradiciones y doctrinas humanas como si fueran santas y verdaderas.

La triste verdad es que muchos preferimos escuchar enseñanzas que nos hagan sentir mejor con nosotros mismos, y a menudo nos atraen los lugares de culto que nos dicen lo que queremos oír. Buscamos y aceptamos únicamente las doctrinas más cómodas, las que encajan con

nuestro estilo de vida, nos facilitan la vida y validan nuestros deseos y anhelos. Después, rara vez las comparamos con las Sagradas Escrituras para comprobar si son correctas. Los judíos de la época de Yeshua recibían sus enseñanzas en las sinagogas, donde se les enseñaba la **Halajá** (una combinación de Biblia, doctrina y costumbre). La mayoría de los judíos consideraba que la Biblia, la doctrina y la costumbre eran una sola cosa, y cuestionar el statu quo se consideraba herejía. Lo mismo ocurre con la mayoría de los cristianos de hoy, que consideran la Biblia, la doctrina y la costumbre como una sola cosa, y pocos cuestionan el statu quo. Cuando los judíos de Jerusalén insistieron en que Yeshua fuera ejecutado, fue porque no les interesaba conocer la verdad, sino practicar su religión. Los mismos que acudían fielmente a las sinagogas cada Shabbat exigieron la muerte del Mesías anunciado por los profetas. Y cuando él vuelva —y SÍ, volverá—, una enorme cantidad de personas que se proclaman creyentes descubrirán que el Mesías las rechaza porque no les interesaba la verdad, sino únicamente practicar su religión.

Supongo que debería disculparme por ser tan directo, severo y crítico, pero el tiempo es demasiado corto y las consecuencias demasiado graves como para andar con rodeos. Quiero que todos desarrollemos un temor saludable de Dios. Quiero que nos examinemos y nos preguntemos por qué creemos lo que creemos. Quiero que maduremos en el Señor y le obedezcamos, incluso cuando eso implique cambios reales en nuestro estilo de vida. Quiero que, al aprender la Palabra de Dios, descubramos en qué podemos estar equivocados y, si lo estamos, cambiemos de parecer. Y esto se debe a que, tanto en la muerte como en la vida, nuestro día de rendir cuentas está cerca. No sabemos el día ni la hora, del mismo modo que tampoco lo sabían aquellos judíos de Jerusalén que se condenaron al condenar a su propio Salvador. Al creer las doctrinas humanas por encima de la Palabra de Dios, nos ponemos en el mayor de los peligros.

En el versículo 32, Pablo explica que el propósito de él y de los demás discípulos de Yeshua que han llegado a Antioquía es llevar esta Buena Nueva de Yeshua, que fue prometida a los padres. ¿A qué padres se refiere? Cuando la Biblia habla de «los padres», se refiere a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. Así que Pablo dice que el Evangelio fue presentado primero a Abraham, luego a Isaac y después a Jacob. Mucho

antes de Moisés. Mucho antes de los profetas designados, Dios iba revelando progresivamente su plan de salvación, pero siempre por medio de su pueblo escogido, los hebreos. Luego, de manera interesante, Pablo señala unos versículos de un salmo específico, muy popular en aquella época. Leamos este salmo breve pero poderoso para tener todo el contexto.

LEER TODO EL SALMO 2

Comprendo que tú y yo contamos con la ventaja de conocer los hechos posteriores, pero ¿cómo podía alguien en la época de Pablo leer este salmo y no entender que no podía referirse a un rey humano y terrenal? ¿De verdad podían David u otro rey pensar que todas las naciones del mundo querrían enfrentarse a él y que servir al Dios de Israel equivalía a servir a ese rey? ¿Y acaso la afirmación de que quienes se refugien en esta persona serán bendecidos por Dios podía referirse a refugiarse bajo la protección de un rey común, a menos que ese rey sufriera delirios de grandeza? Sin embargo, de algún modo, este impactante salmo profético y muchos otros pasajes bíblicos semejantes fueron malinterpretados y pasados por alto. Es probable que se alegorizaran —como hacemos demasiado a menudo hoy— para hacerlos encajar con la doctrina vigente.

El versículo 34 plantea un argumento de sentido común que Pablo utilizará: Yeshua resucitó de entre los muertos y no sufrió descomposición. La cruda realidad es que el propósito del embalsamamiento es interrumpir el proceso natural de descomposición que comienza inmediatamente después de la muerte. A los judíos no se les embalsamaba. La ausencia de descomposición en el cuerpo de Yeshua es una prueba importante para Pablo. Además, Pablo cita otro pasaje mesiánico, Isaías 55:3, que dice que el ungido recibirá las cosas prometidas a David. Esto constituye otra prueba de que, a pesar de la afirmación de la ***birkat ha-minim*** de la ***Amidá*** de que el propio David será el Mesías, esa tradición humana contradice directamente las Escrituras, y este pasaje de Isaías es un ejemplo de ello.

Así lo explica Pablo: David murió, fue sepultado y, efectivamente, su cuerpo se descompuso; habla de ello como de algo conocido por todos.

Pero el ungido de Dios resucitó de entre los muertos sin sufrir descomposición. Por lo tanto, David no puede ser el Mesías.

Pablo ahora llega a una conclusión apropiada a partir de todas las pruebas que ha presentado. Dice que por medio de Yeshua se puede recibir el perdón de los pecados. Va más allá —y sospecho que lo que está a punto de decir pudo ser la parte más difícil de aceptar para los judíos de aquella sinagoga—: afirma que quien confíe en Yeshua puede recibir perdón incluso por pecados que la Torá de Moisés no podía perdonar. Es difícil expresar con palabras la enorme estima que todos los judíos, sin importar dónde vivieran, sentían por la Torá y por Moisés. Decir que alguien o algo podía hacer más que la Torá o que Moisés… bueno, eran palabras que provocaban enfrentamientos. ¿Qué quiere decir Pablo? La Torá contiene muchas leyes y mandamientos (el judaísmo afirma que son 613). Cada ley prescribe una solución para el caso de que se infrinja. Por ejemplo, en un robo sencillo, había que devolver lo robado y pagar una multa del 20 %. Además, el ladrón debía ir al Templo y ofrecer un sacrificio animal. Si el culpable tenía un corazón arrepentido y cumplía estas acciones, su pecado era perdonado. Así ocurría con casi todas las leyes de la Torá, pero no con todas. Para algunas leyes, Dios consideraba que el delito era tan grave que la única solución era que el culpable perdiera la vida. Es decir, no se podía ofrecer compensación alguna a la víctima ni realizar un sacrificio en el altar para expiar el pecado. El perdón era imposible.

Entre los pecados para los que la Ley de Moisés no ofrecía ningún medio de expiación estaban el asesinato y el adulterio. La Biblia también dice que los pecados cometidos con arrogancia y desafío no pueden expiarse. Se trata de los peores pecados, cometidos de manera deliberada, rebelde, atroz y blasfema. Por eso, un pecado que en otras circunstancias sí habría tenido un medio de expiación —como el homicidio involuntario— podía convertirse en asesinato si se cometía de forma desafiante, y entonces no había medio de expiación disponible. Pablo afirma que incluso los pecados cometidos con semejante desafío, que no podían expiarse en la Torá mediante un sacrificio en el altar, podían ser expiados por medio de la confianza en el Mesías Yeshua.

Este pasaje es más polémico de lo que podría parecer. La interpretación habitual del cristianismo mayoritario es que significa que la Torá de

Moisés no podía justificar de ninguna manera a un pecador. Es decir, estos intérpretes bíblicos hacen de la justificación el punto central en lugar de la expiación. Como suele ocurrir, esto se debe a que parten de una doctrina humana y luego interpretan los textos hacia atrás para intentar validarla. En este caso, la doctrina sostiene, en pocas palabras, que la Torá nunca ofrece perdón verdadero. El perdón solo se encuentra en Jesucristo. Esta doctrina contradice las enseñanzas claras de la Torá; por eso, su propósito es denigrarla, presentarla como inútil y defectuosa desde su origen y afirmar que, por fortuna, ya ha quedado abolida. Para mí, Hechos 13:39 está redactado con claridad. Al investigar el griego —donde la palabra clave es *dikaioo*—, el significado sencillo de la palabra es «hacer justo», no «justificar». Se refiere a que Yeshua puede hacer justa a una persona que cometió delitos (infringió ciertas leyes de la Torá) para los que la Torá no ofrecía solución. De ningún modo implica que toda infracción de la Torá careciera de remedio para devolver a la persona a una condición justa mediante el perdón. Sin embargo, eso es lo que muchos intérpretes afirman que significa este pasaje. Si fuera cierto, nos enfrentaríamos a un verdadero dilema, porque en la Torá encontramos docenas y docenas de declaraciones como el siguiente ejemplo, que explica qué debe hacer una persona cuando peca (infringe una ley de la Torá) y luego ofrece el sacrificio de expiación prescrito.

Levítico 4:32-35, CJB

32 «Si presenta un cordero como ofrenda por el pecado, deberá traer una hembra sin defecto;

33 pondrá la mano sobre la cabeza de la ofrenda por el pecado y la degollará como ofrenda por el pecado en el lugar donde se degüellan los holocaustos.

34 El cohen tomará con el dedo parte de la sangre de la ofrenda por el pecado y la pondrá sobre los cuernos del altar de los holocaustos. Luego derramará toda la sangre restante al pie del altar.

35 Quitará toda la grasa, como se quita la grasa del cordero del sacrificio de las ofrendas de paz, y el cohen la hará arder en el altar, encima de las ofrendas hechas por fuego para ADONAI. Así

el cohen hará expiación por el pecado que la persona cometió, y será perdonada».

Una y otra vez, más veces de las que puedo contar, esta es la fórmula habitual de la Torá para explicar el procedimiento cuando alguien peca. Y el resultado, si se hace con sinceridad y correctamente, siempre es el perdón. Por tanto, el sistema de sacrificios levítico sí otorgaba perdón verdadero. No puede ser cierto que la Ley nunca ofreciera perdón ni restaurara la justicia. Lo que vemos, en cambio, es que en la Ley de Moisés Dios clasifica los pecados según su gravedad. Cuanto más grave es el pecado, más costoso es el sacrificio: desde una paloma barata para un pecado menor hasta un toro adulto, el animal más caro, para un pecado grave. Esto demuestra que la doctrina cristiana popular que afirma que todos los pecados son iguales —que robar una barra de chocolate no es peor ante Dios que asesinar al vecino porque ambos son pecados— es sencillamente falsa en todos los sentidos. Hay pecados menos y más graves, y por eso requieren distintos niveles de expiación, reflejados tanto en el costo del animal como en la magnitud del castigo y las demás consecuencias exigidas. Sin embargo, para los peores pecados —la blasfemia, el adulterio y el asesinato—, la gravedad es tal que ningún sacrificio expiatorio sería suficiente, por lo que no se prescribe ninguno. El culpable queda separado de Dios para siempre y también pierde definitivamente su vida física: es ejecutado.

Pablo explica que Yeshua puede expiar incluso pecados como estos, para los que la Ley de Moisés no ofrecía perdón. Y, aunque personalmente confío en la capacidad casi ilimitada del Mesías para borrar mis pecados, existe un límite.

Marcos 3:28-29, CJB

28 «¡Sí! Les digo que a las personas se les perdonarán todos los pecados y cualquier blasfemia que pronuncien;

29 sin embargo, quien blasfeme contra el Ruaj HaKodesh nunca recibirá perdón, sino que será culpable de un pecado eterno».

Pero hay otra salvedad que debemos añadir: así como la Ley de la Torá normalmente exigía que el culpable compensara a la víctima por el daño

causado, además del sacrificio ofrecido a Dios —que lo perdonaba NO por lo que había hecho a su víctima terrenal, sino por la transgresión que había cometido contra Dios—, ni el perdón según la Torá ni el perdón por medio de Yeshua eliminan las consecuencias terrenales de nuestros pecados. Dios puede perdonar nuestra condena eterna, pero por lo general la pena terrenal permanece. Un asesino no queda exento de la ejecución por ser creyente en Yeshua, aunque sí puede escapar de la condenación eterna en el plano espiritual. Confiar en Cristo no es una tarjeta universal para salir libre de la cárcel. Nuestras acciones siguen teniendo consecuencias.

Concluiremos el capítulo 13 y comenzaremos Hechos 14 la próxima semana.